

**MANUEL IRUJOREN
HOGEITAMARRALDIKO NAFARROAN
MANUEL DE IRUJO EN LA NAVARRA DE
LOS AÑOS TREINTA**

M. J. Urmeneta

Queridos amigos: El contribuir a este Homenaje y a este acercamiento a todo Navarra de D. Manuel de Irujo, acto organizado por Eusko Ikaskuntza, lo considero no sólo un honor, sino como una grave obligación.

Hablando el otro día con su hermano Pello, y pidiéndole matices de la vida de D. Manuel que yo no he podido conocer, me decía: “como navarrista podías coger su figura humana, su silueta humana”. Y yo le dije a Pello que ignorar la esencialidad política de D. Manuel era ignorar a Irujo. Que había que agarrar esa personalidad o esencialidad política, porque además hay políticos y políticos. La magnitud en política también es digna de homenaje. Y así como hay políticos como piedras de kilómetro, que marcan distancias pequeñas, D. Manuel Irujo era un monolito, una piedra miliaria, un “gentil-arriya” como decimos en euskera, de esos que se ven de lejos, y que entre la niebla o entre la nieve, guían a todos: a sus amigos y a sus enemigos.

Os quiero decir que no voy a hacer ninguna aportación a la historia de D. Manuel, porque sería una pedantería, y Manuel está en la Historia con todos los honores. Mi breve charla se va a reducir a un conjunto de recuerdos subjetivos y personales a través de los cuales yo quiero acercar en lo que pueda la figura de Irujo a todos los navarros sin exclusión. Y dividire mi intervención en cuatro rayas: la primera raya son los lejanos recuerdos, la segunda será la guerra, después la postguerra y al final el retorno de D. Manuel.

Allá en la lejanía de mi juventud el escenario podría ser la Plazuela de San Nicolás, perdón, él dice así, pero era la Plazuela de San José, si no estoy

equivocado, donde estuvo el primer batzoki en Navarra. Allí se aparejaba, salía y se editaba un semanario idealista pero agresivo, que se llamaba también el “Napararra”. Allí escribía, entre otros, un tal Latz, mi padre. Era el tiempo seguido a la Gamazada, la Gamazada que fue como una chispa que prendió a la vez el pensamiento político traído desde Vizcaya, pensamiento sabiniano, con el pensamiento poético de aquella Asociación Euskara de Navarra, la de Arturo Kampion, la de Iturralde y Suit, la de Oloriz, la de Altadil, la de Zalba, la de los Etxaide...

En aquel ambiente lejano, que bien podía ser la Plazuela de San José, o quizá el batzoki de la calle Zapatería, aparecía con frecuencia un joven abogado vestido de negro, inquieto, nervioso, a veces eléctrico que era Manuel. Latz, mi padre, decía: “ése es el más listo de todos”, y añadía: “pero es de Estella”. Yo no entendía, y luego he visto qué quería decir aquello. Porque Manuel tenía el genio del navarro, del vasco meridional, y tenía esa garra y esa chispa que quizá faltara a los sesudos varones de Pamplona. Hay dichos y dichos de D. Manuel que sólo sabe D. Manuel. Por ejemplo, cuando dice que “el que no se arrepiente en la vida de alguna cosa, es que es tonto”. También decía: “en la vida hay que hacer, aunque uno se equivoque, porque el que no hace, no hace nada y además se equivoca”. Recuerdo, entre sus muchas cosas, de haberle oído esta frase sobre el tremendo episodio de las guerras (1936 a 1944): “Nuremberg no condenó a Franco, ni nos dio la razón a nosotros. Es que no dimos una, Urmeneta, no dimos ni una”.

A veces esmaltaba su conversación con cuentos electoreros navarros, graciosos, como cuando recordaba a aquel párroco de Tierra Estella que decía: “votad antes al demonio que a ese napararra de Irujo”. Y cosas banales, pero que para mí me recuerdan su fisonomía. Ese cuento, de su ascendencia tafallesa, cuando se hizo la traída de agua a la Ciudad de Tafalla. Se construyó una fuente, por lo visto no demasiado generosa, y decían: “Esta es la fuente de Irujo, que ni trae agua ni la trujo”. Pero Irujo tenía mucha agua dentro, y así desembocó aquel joven abogado en aquel Diputado Foral, de cuya herencia todavía he vivido yo desempolvando viejos expedientes. Y entre otros, por recordar uno, el del Camino de Navarra a Europa pasando por Bayona, que para él era el ferrocarril de vía ancha europeo, que para nosotros es la autopista.

Como síntesis entre aquel joven y un pequeño grupo idealista, en aquel pequeño rincón de la Plazuela de San Nicolás, empezó a forjarse un nuevo movimiento que tanto tuvo de político como de cultural. Y Navarra empezó a ser otra, porque ya el vascuence se retiraba, ya Navarra no asustaba en Madrid, las fisonomías propias empezaban a difuminarse y aquello sirvió de revulsivo. Navarra ya no fue la misma, o mejor dicho, empezó otra vez a ser la misma gracias a aquel grupo con el que se juntaba nuestro querido amigo D. Manuel.

La segunda raya de mi pequeño discurso pasa ya la República. La República, que es el gran escenario donde Manuel inunda el ambiente con sus actividades políticas, de hombre incansable y dinámico, y llenan la época dos temas fundamentales: el tema de los estatutos, el Estatuto de Estella,

aquella ocasión que tuvo el País de organizarse dentro de sus antiguas libertades, y luego ese tema del Partido Nacionalista, su partido, que parece fue basculando entre derecha e izquierda. Girando, aunque yo me he preguntado y he leído muchas veces. ¿qué es lo que se movía, el PNV o se movían las cosas? Lo dejo a los historiadores.

Todo aquello desemboca en el drama de la guerra, y allá en Guipúzcoa, quizá, se realiza el acto quizá más decisivo de la historia de Manuel de Irujo, que es cuando Manuel toma el poder táctico en Guipúzcoa. El dijo, y es una frase que merece filosofía, “que el PNV ha sido consecuente con su lema, con sus principios”, y añade: “para bien o para mal”. Y hay un episodio que es cuando D. Manuel con ropa de despacho, vestido de negro, y posiblemente con sombrero, como dice el prólogo de los Archivos de Alderdi, con una pistola en la mano que seguramente no sabía manejar (yo estoy seguro que no sabía manejar), toma el mando de las milicias en el camino de Zarauz y pone orden en la defensa de Guipúzcoa. D. Manuel crea el Frente Norte, nada más y nada menos. Sigue la guerra y termina, como él dice: “con la caída de Bilbao”.

Pero entre tanto hay un momento fundamental en la vida de D. Manuel de Irujo, que es su etapa de Ministro. Sobre esa etapa váis a oír hablar a personas documentadas, que es una etapa central, ejemplar, y digna de ser conocida por todos los navarros. El hablar del humanitarismo de D. Manuel en aquella época (a mí me parece), sería faltar a D. Manuel. ¿Qué otra cosa iba a hacer ese gran hombre con aquél espíritu liberal y cristiano, que lo que hizo? El decía: “Lo que si he hecho es defender los dos valores más grandes que Dios ha puesto en el hombre: la vida y la libertad”. Cae Bilbao y D. Manuel, vestido de negro y con sombrero, una silueta que me gusta recordar, pierde la hacienda, casi pierde la vida, pero mantiene el honor. Mantiene el honor, pero no el honor desdeñoso de un romántico, sino el honor con energía y se apresta a la nueva lucha. Funda el Consejo Nacional Vasco hasta que reaparece el Presidente, se entienda con De Gaulle, se instala en la calle Singer en París, de donde tantas veces me ha escrito, a mí y a tantos otros. Va tendiendo su tela de araña, su tela de esperanza, pensando en que ya caerá la hora, pero la hora tardó mucho en caer. Y al fin cayó, y de repente, un día se nos apareció aquí D. Manuel, en la Vuelta del Castillo, me imagino yo, como él decía, con un mensaje eterno, un mensaje que decía: “vengo a predicar el perdón de todos a todos”.

El período de la postguerra es para mí importante porque es cuando yo conocí más, personalmente, a Don Manuel.

Yo estaba entonces de Diputado Foral y ocurrió una coyuntura que fue el planteamiento del Tercer Convenio Económico en la Historia de Navarra. D. Manuel, desde la calle Singer me apoyaba, me orientaba y me enjuiciaba con sus cartas. Aquel Convenio que aún está vigente, fue para mi emotivo, de entrega a mi tierra, y desde el primer momento me di cuenta de las dificultades y del peligro personal en el sentido político, en el que yo me metía. Yo sabía esto: “en Madrid serás llamado separatista, y en Pamplona, centralis-

ta". Yo le dije que un torero había dicho que con ciertos toros hay que hacer lo que hay que hacer, aunque el público no lo entienda.

Y hoy os digo, que ese Convenio que no ha ido tan mal y que aún está vivo después de doce años, para mí tiene la firma entre otras, de D. Manuel.

En aquel tiempo, D. Manuel venía mucho por San Juan de Luz y con frecuencia, me invitaron a visitarle, pero yo pensé que era mejor, y así se lo dije, que cada uno sin oscuridades y cada uno en su sitio, nos ayudásemos, y que siguiésemos defendiendo el País hasta que llegase de nuevo la hora del retorno.

En aquel tiempo Navarra se industrializó, en aquel tiempo la Diputación fundó la primera publicación en euskera, y yo sé que D. Manuel Irujo, con qué cariño y con qué corazón seguía todo este proceso de Navarra en aquel ventanillo abierto de San Juan de Luz. De este período de la postguerra sería imposible el resumir todo el torrente de pensamientos y actividades de Manuel. Entre otros, la fundación y el seguimiento de ese Movimiento Europeo, del que luego os hablarán con más autoridad que yo. Pero recuerdo frases sueltas, como por ejemplo un artículo en Alderdi que creo que es de los años 50, del que recojo dos ideas que me impresionan: "somos un pueblo en una encrucijada, en un cruce de caminos y no podemos renunciar a ese sentido de readaptación que ha sido la causa y la condición de nuestra supervivencia". Para añadir después: "ningún integrismo político nos interesa ni nos sugestióna, ningún jansenismo religioso nos atrae".

Y al final, la cuarta raya de mi intervención es el retorno. Un día apareció ya, físicamente, D. Manuel en la Plaza Consistorial. Yo fui a verle, a recibirle, y le dije: "Mire, D. Manuel bienvenido. Latz ya murió. Y yo le traigo un abrazo de su parte y otro mío". "Pues yo se lo devuelvo a los dos, Urmeneta", me dijo. Después dijo varias cosas muy irujistas, de las que yo recuerdo tres pensamientos que más o menos son éstos. Vino a decir: "La verdad está troceada, y hay que ensamblarla con buena voluntad y entre todos, entre todos". "La independencia es ya interdependencia, y un camino de interdependencia es buscar Europa, porque Rusia, Estados Unidos, deciden una línea recta, y una línea recta es una lucha, y Europa define el tercer punto para crear el plano que es el equilibrio". Pensamientos, como digo, muy irujistas, y que estarán dentro de ese estudio que yo propugno que se plantee para conocimiento de la posterioridad.

A mí me hizo gracia aquella presentación de Manuel hablándonos como hablaría el Decano de una Cátedra de Filosofía. No parecía un exiliado que venía lleno de rencores sino eso, el Catedrático de una Universidad lejana, liberal y progresista. Yo, en aquel tiempo discutí mucho con él, aunque siempre llegábamos a una convergencia espiritual. Yo le decía: "D. Manuel, como decía Latz"; "egua latz ta garratz". D. Manuel "la verdad es a veces áspera y ácida". "Que Navarra es muy distinta, de Norte a Sur, es muy compleja". "Que tenemos que buscar un pensamiento, que sin concesiones a lo que es el alma de Navarra., pueda emocionar a todos, desde Otxondo hasta Ribaforada". Y sobre estas discusiones, que siempre acababan con un abrazo, recuerdo, aquel fluir de ideas, experiencias, y buena

voluntad de D. Manuel, que tantas veces dijo que era vasco “por ser precisamente navarro”.

Y, un día, D. Manuel se fue, un día sin llegar a viejo, porque D. Manuel no fue viejo nunca. Todos recordamos aquel timbre de voz de D. Manuel en sus últimas apariciones en los actos políticos, que era el timbre de los treinta años, con aquel vigor y aquel sonido metálico, casi avasallador. Un día le dijimos adiós a Manuel. Me dijeron, porque no estuve, que su féretro parecía una barquita que se mecía sobre la muchedumbre, en Estella, camino de la iglesia. Y encima de la barca, echada como una vela, la bandera blanca de Estella, y sólo la bandera blanca de Estella, que era como muy de Irujo un dar la mano a todos, sin distinción. Y yo pienso que D. Manuel no se murió. Como fue un gran luchador le pasó como a los grandes soldados, que no mueren, simplemente se desvanecen. Y su espíritu sobrevive en miles de pequeñas llamas, en el corazón de sus amigos, de todos sus amigos, y de muchos de sus enemigos. Agur, D. Manuel, y gracias.